

Los días en que me volví invisible

Coronel (R) Héctor Álvarez Mendoza

Miembro Comité Editorial de la Revista Fuerzas Armadas

DOI: <https://doi.org/10.25062/0120-0631.4002>

El título de estas notas pareciera arrancado de alguna de las experiencias de Adrian Griffin, atribulado y conflictivo personaje de la obra del británico H. G. Wells, de alguna novela de Edgar Allan Poe o el reflejo de alguna experiencia paranormal. Sin embargo, se trata de eventos que en su momento, me hicieron dudar sobre la inmutabilidad de los principios de la física teórica de Albert Einstein y la solidez del proyecto de fusión de las leyes de la relatividad y la mecánica cuántica en que durante toda su vida se empeñó el físico teórico británico Stephen W. Hawking, autor del libro *Breve Historia del Tiempo, del Big Bang a los Agujeros Negros*, obra maestra de la cosmogonía contemporánea.

La primera experiencia de invisibilidad me ocurrió como Teniente en la Escuela de Carabineros de Suba. En esa oportunidad, la Embajada americana en Bogotá ofreció a la Policía Nacional un cupo para un curso de Técnicas de Investigación Criminal en la Academia del FBI en Quantico, Virginia, localidad cercana a Washington, con la condición que el oficial candidato hablara inglés con cierta fluidez, idioma en el que se adelantarían las actividades académicas. La Dirección General y la embajada convocaron a pruebas del idioma en el Centro Colombo Americano para evaluar los puntajes

requeridos en dicha actividad. A la evaluación se presentó un nutrido grupo de aspirantes, entre los cuales me correspondió el honor de ser incluido.

Conocidos los resultados de las pruebas, se escogieron los dos puntajes más altos, en este caso el de un distinguido Mayor que trabajaba en alguna

Dependencia de la Dirección General de la Policía Nacional y yo, en ese entonces a cargo de la dirección del Centro de Adiestramiento de Perros situado dentro de los predios de la misma Escuela de Carabineros. El Mayor obtuvo el segundo puntaje más alto y yo el primero. La embajada nos sometió a un curso adicional intensivo



del idioma durante un mes, con jornadas de ocho horas diarias, exclusivamente para los dos oficiales, a cargo de varios profesores, que se turnaban en jornadas continuas, para mejorar nuestras técnicas de conversación, proceso al final del cual, debíamos superar una evaluación definitiva.

Tuve la suerte de obtener nuevamente la calificación más alta, por lo cual, regresamos cada uno a nuestros deberes a esperar la convocatoria final del elegido entre los dos candidatos. Visto el resultado, discretamente abrigué la esperanza de ser

tenido en cuenta y ser seleccionado, por haber obtenido el puntaje más alto en la nueva evaluación. Luego de varias semanas de espera y ante la ausencia de noticias, acudí a la Dirección General a alguna diligencia diferente y aproveché para averiguar el rumbo del proceso y cuál no sería mi sorpresa cuando me encontré con el Mayor, quien me comentó que estaba empacando maletas para viajar a la Academia de Quantico, porque no me habían podido localizar a pesar de haber sido buscado por “cielo y tierra”.

¡Qué podía hacer yo como

simple Teniente! sino pasar saliva, tragarme, sin masticar ni hacer gestos, ese enorme sapo y adelantarme con mis pensamientos a las reflexiones de Milan Kundera sobre La insostenible levedad del ser. Claro, debo reconocer que en ese entonces no existían los modernos sistemas de geolocalización satelital como los que permitieron años más tarde, la ubicación de “Raúl Reyes”, del “Mono Jojoy” y de otros pájaros de cuenta, difíciles de rastrear y localizar con precisión.

El segundo caso me ocurrió, ya como Capitán, en el mismo cargo

Foto: https://www.eltiempo.com/files/image_1200_680/uploads/2022/09/23/632e338376565.png





Foto: Archivo Policía Nacional

de la Escuela de Carabineros, un día cualquiera de acuartelamiento de primer grado. En tal virtud, acudí muy temprano a mi lugar de trabajo y al entrar por la guardia descendí de mi vehículo particular a recibir el parte y el saludo de los dos cuerpos de guardia que estaban formados uno frente al otro en la rutinaria ceremonia reglamentaria de relevo diario del turno de servicio correspondiente. Cumplida esta pausa protocolaria, seguí hacia mi oficina en el Centro de Adiestramiento de Perros, situada a 200 metros al costado oriental de la oficina de la Dirección de la Escuela Nacional de Carabineros, en ese momento a cargo del Teniente Coronel Jorge Enrique Bulla Quintana.

En las horas de la mañana el director de la escuela citó intempestivamente a una reunión de oficiales de planta, evento al que no asistí, pues no recibí información sobre la misma, a pesar de que todo el mundo informó que me habían buscado, también por “cielo y tierra” y no me habían encontrado por ninguna parte como tampoco me habían visto entrar a la Unidad, a pesar de haber pasado frente a las narices de los dos turnos

de guardia cuyos respectivos comandantes me dieron parte y me rindieron el saludo acostumbrado, de acuerdo con las normas del Reglamento de Guarnición, vigente en ese entonces.

Cuando el director del Instituto, con toda la razón, me llamó la atención por mi inasistencia a este acto del servicio, me vi en calzas prietas tratando de explicarle lo que también para mí resultaba inexplicable, es decir que había acudido puntualmente a mi trabajo y estaba presente oportunamente en la Unidad, pero que los “sabuesos” encargados de buscarme e informarme sobre la citación a la reunión imprevista, probablemente me habían buscado en todos los rincones y recovecos de la escuela, menos en mi lugar de trabajo frente al cual llevaba ya varios años de permanencia ininterrumpida.

En mi opinión, la Escuela Nacional de Carabineros de Suba, al menos en tales momentos y en esos casos, en lugar de su nombre original de “La Pequeña Victoria”, con el que era conocida la antigua hacienda donde estaba situada, debió llamarse “El Triángulo de las Bermudas”,

ese insondable agujero negro que, según la creencia popular, se ha tragado a tantos barcos y aviones que inexplicablemente han desaparecido mientras navegaban y volaban por sus alrededores.

Estos misteriosos episodios confirman una vez más lo que ya sospechaba. Que la teoría de la transmutación de la materia y la invisibilidad de los cuerpos son fenómenos posibles y no simples ilusiones fantásticas, reservadas a la imaginación de los Haudinis, Copperfields y demás prestidigitadores, ilusionistas, magos y escapistas modernos o a la creatividad de los estudiosos de la fenomenología paranormal y la ciencia ficción de todos los tiempos. Ojalá no caiga nuevamente en alguno de mis fugaces estados de inmaterialidad y pueda empezar a disfrutar de algunas de las esperadas oportunidades de “vida sabrosa” que tan entusiasmados tiene a tantos compatriotas. 🐾